

El Periódico ilustrado.



Número 30.

DEL 28 DE SETIEMBRE AL 5 DE OCTUBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.^o
DESPACHO CENTRAL. CUATRO CALLES.



SUMARIO.—*Revista de la Semana*, por Palacio.—*Las ferias de Madrid*, por F. P. de San Martín.—*Un hombre caído*, por Valentino.—*Los descos*, por J. M. G.—*Las aguas de Albano*.—Caen.—*Nuevo palacio del tribunal de comercio, de París*.—*La Emperatriz regente en medio del consejo privado, en Francia*.—*Una procesion saliendo de la iglesia de Santa María, de Madrid*.

LÁMINAS: Caen.—*Nuevo palacio del tribunal de Comercio, de París*.—*La Emperatriz regente en medio del consejo privado, en Francia*.—*Una procesion saliendo de la iglesia de Santa María de Madrid*.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NÚMERO

Madrid. . .	Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs.	} 4 cuartos en MADRID.
Provincias. Un año 28 »—Seis meses 14 »		
Ultramar. . . Un año 80 »—Seis meses 50 »		

} 5 cuartos en PROVINCIAS



NUEVO PALACIO DEL TRIBUNAL DE COMERCIO DE PARIS.

ADVERTENCIA MUY IMPORTANTE.

Ha llegado á nuestras manos un número del periódico titulado *El Teatro Nacional*, el que unido á su título lleva también el del *Periódico ilustrado*.

Como esto podría dar lugar á falsas interpretaciones, debemos manifestar que nada, absolutamente nada tienen de común las empresas ni la redacción y administración de ambos periódicos, y seguros estamos que así lo hará constar el mismo *Teatro Nacional*.

Esta aclaración la hacemos, no porque tengamos en poco á nuestro colega, sino porque no se crean amalgamados intereses administrativos y de redacciones de dos periódicos que hasta ahora han vivido independientes, y que continuarán del mismo modo.

REVISTA DE LA SEMANA.

Cuando esta revista llegue á vuestras manos, y no digo á vuestros ojos, porque podríais muy bien no fijaros en ella, en lo cual os alabaría el gusto, ya el teatro del Príncipe habrá abierto sus retocadas puertas, y dado al público el espectáculo más grato que pudiera darle; una comedia de las mejores de nuestro teatro antiguo, hecha por nuestros mejores artistas, antiguos también. Y aquí salta á la vista una verdad que casi parece un contrasentido: entregado á nuestros actores nuevos, el teatro español agoniza; entregado á los viejos, se rejuvenece. ¿Será quizá que el tiempo es más indulgente con aquellos que le honran que con aquellos que le malgastan?

Cuestión es esta demasiado trascendental para tratada á la ligera; dejamos á cada uno que la resuelva como guste, y ofrecemos ocuparnos con detención de *El Alcalde de Zalamea*, que tal ha sido la producción con que se ha inaugurado el antiguo corral de la Pacheca.

Otra muy notable también, la que con el título de *El desden con el desden* escribió el insigne Moreto, prepara, según dicen, el Circo para dar comienzo á sus trabajos, que no los pasará pequeños, si á la reconocida actividad del empresario no agrega un buen arsenal de obras nuevas y un buen cuarto de hora para elegir las con acierto.

A compás de estos preparativos, las bóvedas del teatro Real se conmueven con los compases de *La Africana*, cuyos ensayos siguen con grande actividad, hasta el punto de asegurarse entre bastidores que la ópera podrá estar corriente para el 10 de octubre. Mucho me alegraría, sobre todo para que acaben de una vez las murmuraciones, y sepamos á qué atenernos; si el empresario es un héroe que merece bien de la patria, ó si no es más que un vulgar imitador de Mr. Bagier, lo cual es ser bien poco. Lo único de que por mi parte puedo responder, y eso porque los he oído, es que los coros son inmejorables, sobre todo el de hombres; y que la orquesta, sobre ser escogida, es tan numerosa, que aun después de haberse suprimido la saliente del proscenio, será preciso quitar algunas butacas para que pueda maniobrar con algún desahogo.

Respecto á la cuestión de abonos, derecho á las localidades, devolución del dinero adelantado para cuarenta funciones y otras zarandajas, habría para llenar un volumen si fuéramos á narrar cuanto ha ocurrido, mucho de lo cual es tan cómico, que no extrañáremos verlo el mejor día puesto en escena para ejemplo de lo que puede la vanidad humana, y ese afán de hacerse superior á los demás, de que parece poseída la mayor parte de la especie. Lo cierto es que la empresa ha armado gran polvareda con sus medidas, y que por más que resuelva favorablemente la cuestión de arte, siempre habrá entre ella y cierta fracción del público una cuestión de maravillas que no dejará de darle que hacer.

Después de las zarzuelas con que Jovellanos inauguró hace algunos días su temporada, nos ha presentado otra del Sr. Moreno Gil, música de Balart, que ha obtenido un mediano éxito, y que se titula *Un Consejo de guerra*. El Sr. Moreno Gil ha pretendido seguir en su obra las huellas de Olona, logrando solo hacer un mosaico de chistes y situaciones que acaso hubieran producido mucho efecto, á ser menos conocidos y más interesante el asunto en que están colo-

cados. La música participa del carácter del libro, por más que está en general bien escrita, sobre todo la parte cómica, pues la dramática la encontramos algo amanerada y vulgar.

Un drama nuevo nos ha ofrecido también la compañía italiana que dirige la celebrada artista señorita Civili; drama lleno de magníficos detalles y de escenas conmovedoras, que hacen honor al talento de Giacometti, el inspirado autor de *Giuditta*. La señora Civili lo interpreta á la perfección, y lo mismo algunos de sus compañeros, pero confesamos nuestra flaqueza; la vida real presentada por el prisma de lo horrible, tiene para nosotros pocos atractivos, y al ver á la heroína del drama pobre y moribunda, arrastrándose á los pies del que fué su esposo en demanda de un perdón que éste le niega, nos encontramos indecisos entre aplaudir al literato ó renegar del hombre. La verdad, por sublime que sea, cede ante la poesía del sentimiento. Sabemos que la señora Civili tiene en estudio algunas obras de mérito, y esperamos aplaudirla muy á menudo, pues para atraernos al teatro de Variedades, cuenta nuestra amiga con dos imanes á cual más poderosos; talento y hermosura.

No á los lectores de Madrid, que han tenido ocasión de verlo, sino á los de provincias, participamos que las ferias se han agitado, y que el temporal lleva visos de durar muchos días. El martes sobre todo llovía que era una bendición de Dios. Un amigo nuestro, sorprendido por la lluvia, se refugió en un almacén de maderas á cuyo dueño debe una crecida cantidad.

—¡Caballero! exclamó este al verle entrar; ¿tiene Vd. todavía valor para presentarse en mi casa?

—Si por cierto, y creo que he llegado en buena ocasión.

—¿Por qué?

—Porque según todos los síntomas nos amenaza un nuevo diluvio, y habiendo aquí con qué construir el arca, veré como se salvan los animales.

La lección de mi amigo no pudo ser más elocuente; pero de fijo aumentará en un diez por ciento el interés de su deuda.

Gracias á que para él todas las deudas son consolidadas; es decir, que no se destruyen por nada ni por nadie.

M. DEL PALACIO.

LAS FERIAS DE MADRID.

La feria, según costumbre de los años anteriores, se ha posesionado del paseo de Atocha, y con su desaliñado atavío atrae á la gente, ya á la que arrastra coche, como la que anda á pié.

La feria, que en otras poblaciones se viste de gala, en la capital de la monarquía se viste de harapos.

¿Qué novedades presenta la feria de Madrid?

¿Qué necesidades llena?

Novedad no vemos ninguna: acaso no hace otra cosa que cumplir con la costumbre, esa reina de la necesidad.

Las ferias de Madrid no son deseadas, porque en Madrid la feria es continua, como es continuo el carnaval.

No goza, por lo tanto, de ese carácter alegre, bullanguero, estrepitoso, que tienen las ferias de provincia.

En estas todo son alardes de lujo, de despilfarro. Son los días en que se sacan á relucir los adornos y trajes que han permanecido por todo un año guardados en el arca, esos trajes pintorescos y tradicionales, que tanto sirven para la fiesta religiosa como para el baile del país.

Los días de feria se gastan en bullir de un lado para otro, en disfrutar de todas las diversiones, de todos los espectáculos, que no se ven sino de una á otra feria.

Todo lo que se vende en aquellas tienditas improvisadas es nuevo, flamante, y todo lo que se compra tiene un destino económico, como también de llenar un capricho, que se renueva á cada momento, mientras duran las ferias.

Es la época en que los trabajadores huelgan, siendo la feria para estos un punto de descanso, y el de partida para otras faenas agrícolas con que ganan su pan, pan regado con sus sudores, y que el trabajo sazona.

Las ferias de Madrid no tienen este carácter, no pueden tenerlo.

Las ferias, en las poblaciones de corto vecindario, vienen á ocupar un vacío, á satisfacer necesidades.... tienen razón de ser.

En Madrid que hay de todo lo apetecible, que se encuentra tanto lo necesario como lo supérfluo, y esto en cualquiera día del año, las ferias no son más que una costumbre, como hemos dicho.

Nos encontramos en el paseo de Atocha.

A un lado y á otro se han levantado barracones, y no del mejor gusto, y en los que se vende, desde el juguete que ha de entretener las horas de la infancia, hasta el jugoso melocotón y la encendida acerola, que la infancia, como la juventud y la ancianidad, saborean gustosas.

Ante nuestra vista aparecen diferentes cuadros, abigarrados muchos, sin faltar otros que escitan el interés.

Una porción de libros viejos se hallan en revuelto montón sobre el suelo.

La sabiduría humana representada por unos cuantos volúmenes mal encuadrados, es pisoteada de la gente que rebusca en aquel montón un libro que le entretenga ó llene de curiosidad.

Esto es lo de ménos, pues que á cada instante, los mismos que se apellidan «sábios», maltratan á la sabiduría, que se siente pisoteada por el orgullo de sus falsos hijos.

¡Pero, qué mezcla tan particular, y heterogénea no se vé allí!

Al lado de una *Guía de forasteros*, verdadero almacén de nombres, hallamos un tomo de *La ciudad de Dios*, semillero precioso de ideas; cabe los *Diálogos* de Luis Vives, llenos de sentencias de la más alta moralidad, una novela de *verde subido* de Paul de Kock; como junto á una colección de poetas latinos, vemos otra de insulsas poesías, en las que su autor se queja de la suerte, y llama á la luna para que sea testigo de sus infelices amores.

Allí vemos un libro con dedicatoria, abandonado por su dueño, al que arrebató la muerte, ó al que la miseria le hizo su víctima; como también el manuscrito de un drama, tal vez primer vagido de una imaginación juvenil, y pedestal de la reputación de un gran poeta.

Y en muchos volúmenes adivinamos toda una historia de reveses y desgracias.

¡Cuántos de aquellos libros no habrán sido vendidos uno á uno para mitigar el hambre de su sábio poseedor!

¡Cuántos otros, perteneciendo á una testamentaria, y cuyos herederos ansiosos de un puñado de oro, han sido vendidos en pública almoneda!

El cuadro que nos presenta un montón de libros viejos, tiene todo el interés del desencanto.

Pero otro cuadro nos llama á gritos.

Muebles usados, más que conservan parte de su grandeza primitiva, como los dorados de un sillón de gran respaldo y de pronunciados relieves, forrado de damasco de color indefinible, dorados que pertenecen al pasado siglo, y hechos con toda la paciencia de una edad que no poseía máquinas de vapor.

Vemos un espejo tocador, perteneciente sin duda al gabinete de una hermosa, que nos hace pensar en todas las coqueterías hechas delante de su terso cristal, coqueterías que pudieron dar origen á los celos de un marido, y celos que ocasionaran terrible desenlace en aquel matrimonio.

Y nuestra imaginación vé una historia en cada mueble de los hacinados en aquellas barracas, en las cuales no es difícil ver, sobre una mesa de piés torneados y de tablero maqueado, con profusión de flores y frutas, un pequeño escaparate atestado de estraños objetos, dignos de aumentar la colección de un anticuario.

Allí encontramos la pulsera de anónimo pelo, y el marco de oro, guardador del retrato de una persona querida; retrato hecho pedazos en momentos de desden, y marco de oro vendido en horas de necesidad.

Los dijes de reloj y la peineta descomunal de nuestras abuelas, se ven confundidos con monedas de las pretéritas edades, suficientes para quitar el sueño á un aficionado á la numismática.

La curiosidad encuentra en estos objetos y algunos otros motivos para alimentarse.

Y cuenta que las ferias de Madrid han degenerado, han perdido mucho de su estraña fisonomía, de su carácter tradicional.

Hoy la feria no hace otra cosa que trasladar uno que otro tenducho del Rastro al paseo de Atocha.

Lo que hallamos de raro y estraño, lo podemos ver todos los días en las aceras del Rastro.

Antes era otra cosa.

¡Aquello sí que escitaba verdadero interés, si que era grande, si que se prestaba á una descripción animada con los colores mas vivos!

Los despojos de cien generaciones afluan á las calles de Madrid, trayéndonos el recuerdo de costumbres pasadas y pasados hábitos.

Era de ver aquel *pandemonium*, aquel agrupamiento de muebles y trajes, de armas y bártulos de cocina; de obras del arte trabajadas con el cincel y de cuadros viejos, encerrados en molduras tan viejas como los cuadros.

Prendas de personajes que se odiaron á muerte, el capricho ó la casualidad las juntaba, como estaban juntas la espada toledana y el alfanje damasquino.

La antigüedad estaba representada como la Edad media y el Renacimiento.

El vaso etrusco y el bote de esencias de la dama romana estaban allí; la manopla del guerrero castellano y el alambique del alquimista no faltaban, y era de admirar una copa tallada, que traía a las mientes el buril de Benvenuto.

Pero la época en que la feria de Madrid presentaba al curioso tales preciosidades y rarezas, ha desaparecido.

Ahora es de pura ilusión.

Así y todo ejerce sobre los madrileños la influencia bastante para hacer que la visiten.

Los elegantes no se desdeñan de presentar su lujo ante los harapos de la feria, y á esta le damos la bienvenida, porque es la que abre la estación otoñal, la estación de los frutos y de la caída de la hoja, que dá al hombre lecciones tan elocuentes.

F. DE P. SAN MARTIN.

EL HOMBRE CAIDO.

(Conclusion.)

Cierto dia un ministro al salir de su casa, dió un tropezon que le hizo ver las estrellas. Se irritó de tal manera que llegó á la secretaría bufando como un toro, y en toda aquella mañana no estuvo conforme con las opiniones de los demás. Juzgaba detestable y absurdo cuanto se le proponía. Llamó *majadero* á un jefe de negociado; á un director le dijo que estaba fresco sino dirigía mejor á su mujer que á sus dependientes; al subsecretario quiso romperle la cabeza con la campanilla, y por fin, á uno de sus compañeros de gabinete le dijo que estaba tocando el violon, y como este señor no era muy aficionado á la música, tomó por insulto lo que otro hubiera tomado por lisonja, y sin decir «agua va» incrustó cinco dedos en las robustas mejillas de su querido colega. Sobrevino un lance; ambos creyeron comprometida su honra, pero el elevado puesto que ocupaban no les permitía dar un escandaloso espectáculo á la nacion entera. Viéronse precisados á hacer dimision; el presidente del Consejo no encontraba entre los hombres de su partido otros dos que pudieran sustituirles; por aquellos dias las oposiciones recargaron sus fuerzas en las Cortes, y todo ello fué de manera que el ministerio vino abajo con horrible estrépito.

Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.

Como es natural, en los periódicos todos aparecieron despues concienzudos artículos, demostrando que lo erróneo de las doctrinas ó la corrupcion de los hombres que no tienen fé política, ó las bastardas intrigas de palacio habian sido causa de tan espantosa caída. Y sin embargo, la verdadera causa era un tropezon.—Considera cuán *leves* son los *graves* sucesos de la humanidad.—Y por otra parte, esos hombres que en tan miserable círculo se agitan; esos hombres que tan fácilmente caen envueltos en el manto de su grandeza, cuyos pliegues precipitan su caída; esos hombres que no hallan reparo en despedazarse muy cordialmente por un puñado de oro ó de cobre, sienten infinitas veces durante su vida un como rayo de luz que baña hasta los más escondidos rincones de su espíritu, el cual impulsado por un *quid divinum*, cuyo origen no logra siempre adivinar el alma, vuela hácia otros mundos maravillosos, y acaso se cree digno de ocupar el asiento de los ángeles. Del seno del catolicismo se levantan millares de hombres semejantes, y aun entre los que están lejos de la santidad se encuentran innumerables, que poseidos de esos mismos arrebatos sublimes, se desprenden valerosamente de estas ligaduras materiales que nos tienen pegados á la tierra.—El arte. ¿Qué otra cosa es el arte más que la tenden-

cia del alma, á escalar el mundo de los espíritus, que es su verdadera patria, como tiende un cuerpo ligero arrojado al fondo de las aguas á subir hácia la superficie? Decidlo sino vosotros, esforzados campeones del arte, sombras gigantescas de Dante, Murillo, Miguel Angel, Mozart, decid cómo el alma humana sabe tambien elevarse cuando canta las grandezas de su Criador. Pero no es aquí donde más se palpan las contradicciones. La inseparable compañera del hombre nos ofrece cuadros más perfectos, donde se ven como á la luz de una antorcha mágica, la constante lucha de nuestras buenas y nuestras malas inclinaciones. La mujer. ¡Ah! cuánto podria decirse sobre este punto de la mujer. Ella es una pura contradicción. Desde sus más tiernos años puede observarse lo vacío y contradictorio de sus instintos. La veis tomar entre sus dedos el rosario, dóblar sus infantiles rodillas ante una imagen de la Virgen, y murmurar entre sonrisas celestiales, y con un candor angelical, las oraciones que le ha enseñado su madre. Vedla en seguida delante de un espejo contemplándose con presuntuosa satisfacción, sin comprender lo vano de semejante curiosidad. Estrenar un traje es uno de sus más grandes goces. Llamarla fea es uno de sus más grandes tormentos. Distinguid con un mimo á cualquiera de sus amiguitas y vereis á nuestra pobre niña inclinar su cabeza bajo el peso terrible de la envidia.

La mujer se prostituye por un brillante.

La mujer muere por defender su honra.

No halla limites en el mal ni en el bien.

El paganismo hizo de las mujeres demonios; el cristianismo ha hecho de las mujeres ángeles.

Frente á una de aquellas espartanas madres sin corazón, que sacrificaban la vida de su hijo en aras de una gloria efímera y jactanciosa, se eleva hoy una madre cristiana sacrificándolo todo por el amor de su hijo.

La mujer. ¿Dónde habrá un Colon que descubra el mundo desconocido de sus misterios?

Ama y aborrece con una vehemencia que asusta.

Es tierna y delicada como el genio de la brisa; ardiente y devastadora como el huracan.

Nadie sabe cuál es más elevado; si el número de sus virtudes ó el de sus caprichos.

Si la vanidad la arrastra al crimen, la abnegacion la conduce al heroismo.

Es reina en los salones y ángel en los hospitales.

Ella que se horroriza de ver morir á un pájaro, se lanza al medio de los combates; cura á los heridos y consuela á los moribundos.

Piadosa por instinto, es esclava de la moda por instinto tambien.

Ama á un hombre descuidado en el vestir; pero ella se dice siempre: ¿con qué sombrero le gustaré más?

Es horrible y asquerosa en su desenfreno; sublime y apasionada en su virtud.

Santa Mónica pidiendo á Dios por su hijo Agustin, y Santa Teresa extasiada en sus contemplaciones místicas, son dos ejemplos de esperanza y de amor que acaso no tengan igual en el mundo.

Cleopatra y Lucrecia Borgia son dos magníficos modelos de lascivia y de crueldad.

¿Pero á dónde iria á parar en mis consideraciones? Se ha escrito tanto de la mujer, que decir algo nuevo acerca de ella, es casi tan difícil como entender los enigmas de su corazón.

Sin embargo, querido mio, he trazado estas ligeras notas para manifestar lo contradictorio de la naturaleza humana, y como mantiene una lucha constante, sin tregua, el infinito número de nuestras miserias y ese algo sublime y grandioso que existe hasta en el hombre más depravado y le empuja eternamente hácia arriba.

¿Cómo se explica esto? La dualidad de nuestro ser ¿se funda en un recuerdo ó en una esperanza? Es decir, ¿el hombre fué bueno en un principio y dejó de serlo despues, ó fué creado perverso y camina hácia la perfeccion de su naturaleza?

Yo entiendo que el hombre no puede ser una esperanza, y que el progreso moral es un sueño en cuanto no somos capaces de añadir una ley más á las que Dios nos ha comunicado por medio de su Hijo.

Si camináramos hácia el perfeccionamiento de nuestra naturaleza, los vicios debian ir desapareciendo á medida que las virtudes fueran multiplicándose; y yo veo que en todas las épocas del mundo han existido los mismos vicios y las mismas virtudes en mayor ó menor escala.

El hombre sujeto á las prescripciones de la moral

evangélica, puede conseguir la eterna felicidad: hé aquí su perfeccion; hé aquí su única esperanza.

¿Pero esta logra alterar en la tierra su manera de ser? ¿Estingue por completo la *escoria* de la naturaleza humana? No; solo un ser en el mundo ha gozado de este privilegio. MARIA. Ella fué, no la esperanza, sino la realidad de la perfeccion en la tierra.

Ahora bien, amigo mio; deduzco de mis observaciones que el hombre es un recuerdo perenne de una grandeza perdida. Cayó por su culpa del pedestal en que Dios le habia colocado; fué su destino vagar por el desierto del mundo, azotado por las tempestades, acometido de las fieras y combatiendo siempre á los enemigos que dentro y fuera de sí luchan por arrancarle ese resto divino de su pasada hermosura.

Por eso una melancolía profunda consume el corazón humano; los recuerdos son siempre tristes; lo mismo al suspirar un bien perdido que al remover una herida cicatrizada.

«En todo país es triste el canto del hombre, aun cuando expresa la felicidad»; dice Chateaubriand, y esto nos demuestra que vivimos recordando que las delicias del Paraíso dejaron en nuestra alma una huella inestinguible, y que solo la luz del amor infinito que á través de los cielos se descubre, puede fortificarnos en las tribulaciones, consolarnos en nuestros pesares, y hacernos entrever una eternidad gloriosa, donde el espíritu, libre de las prisiones groseras en que se ve encerrado por su culpa, satisfaga ese incesante afán por la perfeccion.»

IV.

Cuando concluí de leer la carta de Eusebio, convencime de que yo habia dado con el remedio que su enfermedad reclamaba.

En efecto, no tardé mucho en volver á Madrid, y lo primero que hice fué ir á visitar á mi buen amigo.

—Ya no me fastidio, me dijo abrazándome. Trabajo mucho y procuro hacer todo el bien que puedo.

La oracion me fortifica. De la caída del hombre nace la necesidad de su regeneracion. Todo mi anhelo, pues, consiste en regenerarme. ¿Cómo quieres que se hastie el hombre que se ocupa sin descanso en la consecucion del más alto de sus fines?

VALENTINO.

Setiembre de 1865.

LOS DESEOS.

CUENTO.

Dijo un dia Juanon á su amo, despues de haberle servido durante siete años: Señor, se ha cumplido el tiempo de mi contrata, y ahora quisiera volver á casa de mi madre. Págueme Vd. mis salarios.—El amo le respondió: tú me has servido con fidelidad; á tal servicio tal recompensa; y le dió una barra de oro tan grande como la cabeza de Juanon.—Este sacó un pañuelo del bolsillo, envolvió su barra de oro, la colocó á la espalda, y tomó el camino de casa de su madre. Marchando un pie tras de otro, encontró á un caballero que descansado y ágil venia en un fogoso caballo.

—¡Ay de mí! dijo Juanon en alta voz; ¡cuán feliz es el que va á caballo! colocado en él como en un sillón no se lastima los piés contra las piedras; se ahorran los zapatos, y se camina sin sentirlo.

El caballero que habia oido todo esto, le dijo:

—¡Hola! ¿pues á dónde vas así, á pié?

—¡Ay de mí! me precisa llevar esta carga; ella en verdad es de oro; pero me impide levantar la cabeza y me pesa mucho en la espalda.

—Pues bien, repuso el caballero parándose; si quieres vamos á hacer un cambio; te daré mi caballo, y tú me darás tu equipaje.

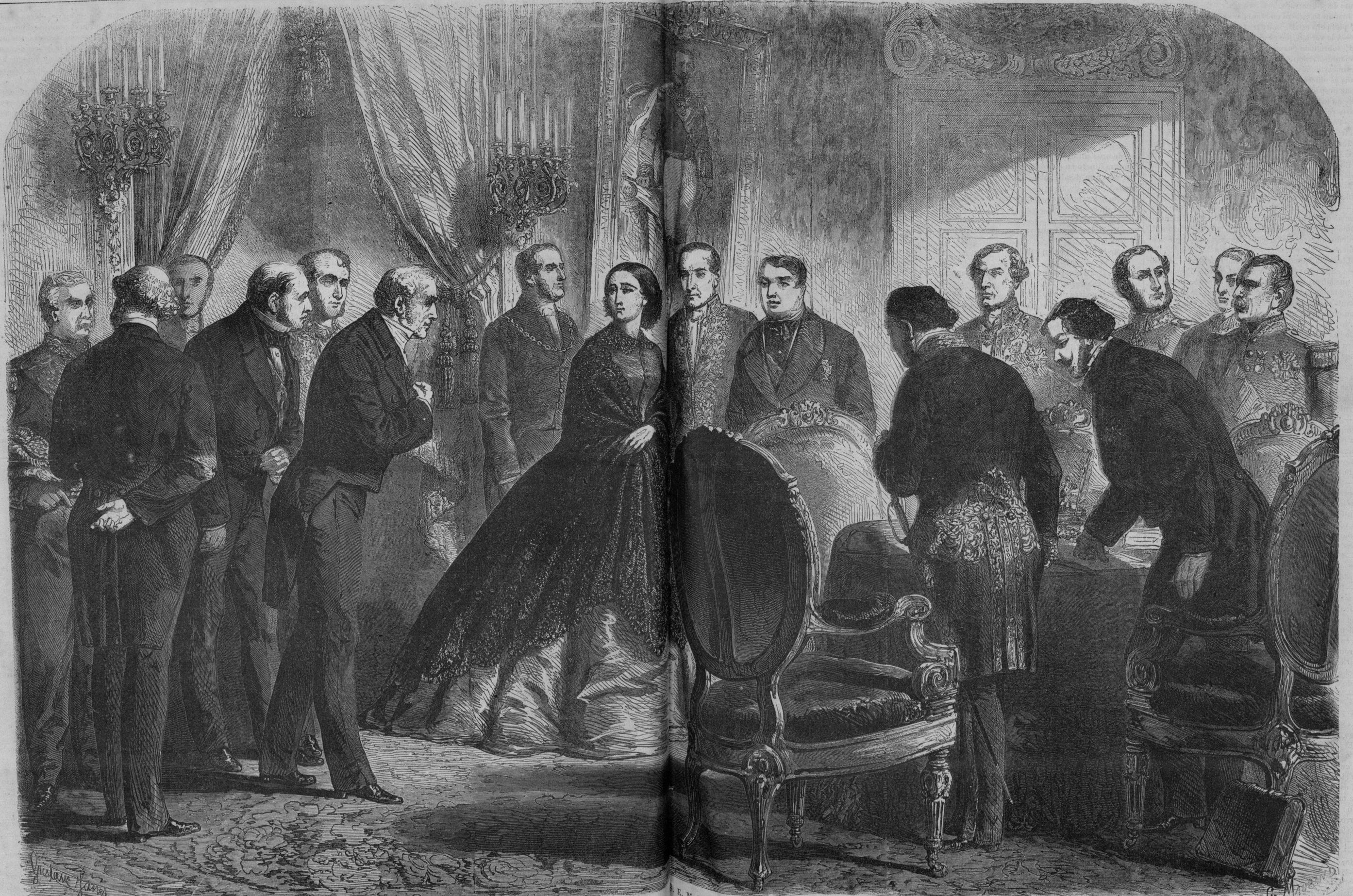
—Con mucho gusto, respondió Juanon; mas le preveño á Vd. que le será muy molesto llevarlo.

El caballero se apeó, recibió el oro, ayudó á Juanon á montar á caballo, le puso las bridas en la mano, y murmuró:

—Cuando quieras que el caballo corra, palmotea y vocéale: ¡arre! ¡arre!

Juanon, viéndose á caballo, reventaba de alegría, y marchaba como un gran señor. Pronto le dió gana de andar más de prisa, y empezó á palmotear y á decir: ¡arre! ¡arre!

El caballo tomó el trote, y dió en tierra con Juanon, que cayó en un foso á lo largo del camino, sin haber podido precaver este mal paso. El caballo se habria escapado en seguida, si no lo hubiese detenido un pai-



El mariscal Vaillant.

S. E. Mr. Béhic.

S. E. Mr. Chaseloup-Laubat.

S. M. LA EMPERATRIZ.

S. E. Mr. Rouher.

S. E. Mr. Baroche.

S. E. Mr. Troplong.

S. E. Mr. Duruy.

S. E. Mr. Walewski.

S. E. Mr. Fould.

El marques de Lavalette.

S. E. Mr. Drouyn de Lhuys.

El Duque de Persigny.

El mariscal Randon.

S. M. LA EMPERATRIZ REGENTE EN MEDIO DEL CONSEJO PRIVADO Y DEL CONSEJO DE MINISTROS, EN FRANCIA.

sano que seguía el mismo camino, llevando por delante de sí una vaca.

Juanon se esforzó en reanimar su espíritu y ponerse de pie, pero estaba muy triste y dijo al paisano:

—A la verdad que es una tontería el montar á caballo, sobre todo cuando se lleva entre las piernas semejante matalon, que cae y tira á uno, á riesgo de desnucarle; no volveré á montar en mi vida. Vuestra vaca es diferente, yo prefiero una vaca buena que ande despacio, que se la pueda seguir sin cansarse, y que dé todos los días leche, manteca y queso. ¿Qué no daría yo por una vaca como la vuestra?

—Pues bien, replicó el paisano; si os conviene, yo os trocaré mi vaca por vuestro caballo.

Juanon consintió, haciendo demostraciones de alegría.

El paisano montó en seguida á caballo, y marchó al galope.

Juanon llevaba delante su vaca tranquilamente y reflexionaba en el gran negocio que había hecho.

—Una vez que tenga un pedazo de pan (que creo que no me faltará nunca), podré también tan á menudo como quiera comer manteca y queso; y si tengo sed, ordeño mi vaca y bebo leche; corazón mio, ¿qué más quieres?

Llegando á una posada hizo alto con alegría, comió todo el pan que llevaba, y con los cuartos últimos que le quedaban, se bebió medio vaso de vino; partió en seguida con su vaca, dirigiéndose á casa de su madre; cuanto más avanzaba el día, mayor era el calor, y Juanon entraba en un matorral que tenía una legua de largo; la sed le pegaba la lengua al paladar: contra esto hay un remedio, dijo Juanon; voy á ordeñar mi vaca, á refocilarme con su leche. La ató á un árbol, puso su gorra de cuero debajo, y por más esfuerzos que hizo, no pudo sacarla una gota de leche; y como no sabía ordeñar, el animal molestado le dió una coz en la cabeza que le dejó sin sentido. No volvió en sí en largo tiempo; felizmente para él pasó pronto un carnicero, que acarrea un marrano en un carreton.

—¿Qué es esto? dijo el carnicero, y ayudó al mismo tiempo á levantar á Juanon. Este le contó lo que había pasado. El carnicero le ofreció la bota diciéndole: Tomad, bebed un trago para refrescaros; vuestra vaca no os dará leche, porque es vieja; no sirve más que para tirar de una carreta ó para matarla.

—¡Hola! ¡hola! dijo Juanon, pasándose la mano por el pelo; ¿quién hubiera creído esto? A la verdad, si uno pudiera matar en su casa esta bestia, tendría gran cantidad de carnes, pero á mí no me gusta la carne de vaca porque no tiene jugo; ya teniendo un cerdo como este es diferente. ¡Qué gusto! ¡Cuántas salchichas!

—Escucha, Juanon, dijo entonces el carnicero. Por ser con vos, estoy dispuesto á hacer un cambio de mi cerdo con vuestra vaca.

—Dios os acompañe, dijo Juanon. Le dió la vaca y le mandó bajar el cerdo del carreton.

Juanon continuó la marcha pensando en su dicha, que colmaba todos sus deseos. Si encontraba alguna dificultad al momento la zanjaba. Pronto encontró un jóven que llevaba un ganso debajo del brazo. Se saludaron, y Juanon se puso á pintarle su alegría y á hablarle de los ventajosos cambios que siempre había hecho. El jóven le contó que el ganso estaba destinado á una comida de bautizo.

—Mirad, le dijo agarrándole por las alas, ved cuanto pesa, y además se le ha engordado durante dos meses; el que coma este asado se chupará los dedos.

—Sí, exclamó Juanon levantando el ganso; tiene peso, pero mi cerdo no es tampoco rana.

El jóven con aire inquieto volvió la cabeza á los costados y la meneó en seguida un poco; mirad, le dijo: en cuanto á vuestro cerdo, el negocio no es tan claro. En el pueblo que acabais de atravesar han robado uno del establo del alcalde, y temo que sea ese que teneis á la mano; os puede suceder algo malo si os encuentran: el menor riesgo para vos, es el de ir á un entierro.

El buen Juanon temblaba ya.

—¡Dios mio! exclamó; sacadme de este apuro. Vos sabeis más que yo, tomad al momento mi cerdo, y dadme el ganso.

—Hay peligro en ello, respondió el jóven, pero á pesar de eso yo no quiero que caigais en la desgracia.

Juanon le dió entonces la cuerda á que estaba atado el cerdo; el jóven la cogió, y echó á andar por un camino de travesía.

El buen Juanon, libre de sus inquietudes, con el

ganso debajo del brazo tomó de nuevo la senda de la casa materna. Reflexionando bien en ello, se decía á sí propio: yo he encontrado gran ventaja en este cambio; primero este hermoso ganso asado, luego la cantidad de grasa que saldrá de él, comeré pan con la manteca del ganso por espacio de tres meses, y en fin, con sus hermosas plumas blancas me haré una almohada, y me dormiré encima sin necesidad de ser mecido. ¡Qué alegre se pondrá mi madre!

Cuando hubo atravesado el último pueblo, vió un amolador que cantaba y trabajaba. Juanon se paró á verle trabajar. Entabló, en fin, conversacion, y le dijo:

—Parece que os sale bien la cuenta, según lo alegre que estais.

—Sí, respondió el amolador; mi oficio produce frutos de oro; un diestro amolador es hombre que encuentra dinero en el bolsillo siempre que mete la mano; pero ¿en dónde habeis encontrado ese hermoso ganso?

—No le he comprado, porque me lo dieron á cambio de un cerdo.

—¿Y el cerdo?

—Me lo dieron por una vaca.

—¿Y la vaca?

—Me la dieron por un caballo.

—¿Y el caballo?

—Me lo dieron por un pedazo de oro, tan grande como mi cabeza.

—¿Y el pedazo de oro?

—Le había ganado por haber servido á un amo siete años.

—Habeis tenido fortuna en los trueques, dijo el amolador; pero si podeis hacer que vuestro dinero suene en el bolsillo, sereis feliz.

—¿Y qué es menester que haga yo para eso? preguntó Juanon.

—Es menester que os hagais amolador como yo, pero para esto no necesitais más que una piedra de amolar, lo demás se encontrará; ved aquí una precisamente, está algo deteriorada en verdad, pero no os pido por ella más que el ganso, ¿quereis?

Al decir esto le presentó el ganso.

—¿Podeis preguntármelo? exclamó Juanon. ¿No debo hacerme por este medio el hombre más rico del mundo? Y teniendo dinero en el bolsillo siempre que meta la mano, ¿á qué quiero atormentarme?

—Pues bien, dijo el amolador cogiendo un guijarro que vió en el suelo á su lado; ved aun una buena piedra que os doy además del trato: os servirá para enderezar clavos viejos, tomadla y conservadla con cuidado. Juanon tomó la piedra y se marchó con el corazón lleno de alegría y los ojos radiantes de placer, murmurando: mi fortuna me asombra: ¡es demasiado! y habiendo pasado todo el día en pie, empezó á cansarse. El hambre también le atormentaba, y se había comido hacia tiempo sus provisiones con la alegría de haber comprado la dicha tan barata. Apenas podía continuar el camino, y se veía obligado á descansar á cada momento, y las piedras le pesaban estremadamente. Pensó que sería más feliz si no tuviese necesidad de llevarlas; en este momento llegó y se arrimó á una fuente; allí quiso descansar y refrescarse, pero por no estropear las piedras al sentarse, las colocó con precaucion en el borde de la fuente; despues de lo cual, vuelve la cabeza, se baja á beber, resbala, toca un poco las piedras, y las dos caen en el agua.

Juanon viéndolas caer, saltó de alegría, y dió gracias á Dios con las lágrimas en los ojos, por haberle concedido este último favor, y verse libre de las dos piedras, que era la única cosa que faltaba á su felicidad. Hay pocos hombres en el mundo tan dichosos como yo, decía, y con el corazón desembarazado de todo pesar, corrió saltando hasta llegar á casa de su madre.

Muchos años hace que oí este cuento, y desde entonces, siempre que deseo alguna cosa, calculo lo que tendré que dar en cambio para que no me suceda algun día lo del pobre Juanon.

J. M. G.

LAS AGUAS DE ALBANO

DE

EMILIO SOUVESTRE.

(Continuacion.)

—¡Oh! no lo negueis, continuó la marquesa; os han denunciado; yo sé que la necesidad de esperar algunas cartas es lo único que ha podido deteneros aquí, y os ha forzado á sufrir mi presencia.

—Ignoro quién ha podido instruirlos de esos detalles, señora, dijo Alfieri con sencillez; pero como quiera que yo no sé ocultar mi pensamiento, tampoco sé negar mis faltas. Es verdad que al primer instante vuestro nombre despertó en mí una penosa sensacion, la cual no he tratado de ocultar. Pero si es esta la causa de la frialdad que desde algunos días á esta parte habeis hecho suceder á la amabilidad con que me tratábais, debo decir que vos castigais muy cruelmente las prevenciones que vuestra presencia ha bastado para disipar.

—¿Y puedo saber cuáles eran esas prevenciones, caballero?

—Negarme á explicarlas sería hacerlos creer en alguna suposicion injuriosa; así, pues, debo manifestaros que si al llegar vos quise partir, fué porque vuestra vista me traía á la mente un recuerdo doloroso.

—¿Y cuál era?

—El de un compañero de estudios, con el cual me había criado, y al que amaba como se ama todo lo que nos recuerda la infancia. Hacia largo tiempo que estábamos separados, pero sin habernos olvidado: yo sabía que él vivía feliz en Génova: algunos amigos me daban de tarde en tarde noticias suyas. Hace cerca de un año supe que él amaba á una jóven bella, noble y solicitada: le escribí dos veces sin obtener respuesta, y al fin recibí una carta de su madre.... Su amor le había sido funesto; un rival le había muerto.

—¿Y cómo se llama ese amigo?

—Julio Aldi.

Al oír este nombre, la marquesa dió un grito.

—Entonces fué cuando oí pronunciar vuestro nombre por la primera vez, continuó Alfieri.

Y viendo que la jóven ocultaba su rostro entre sus manos,

—Perdon, señora, dijo con voz conmovida y suplicante: os he afligido, pero era preciso. Mientras tanto vos comprendeis por qué he querido hacer un instante evitar un encuentro que me recordaba la pérdida de un amigo.

—¡Dios mio! Vos debeis aborrecerme, exclamó la marquesa sofocada por las lágrimas.

—No lo creais, señora: sé que habeis hecho cuanto era dable para impedir ese duelo, del cual sois la causa inocente: vos corristeis al lugar del combate.

—¡Demasiado tarde!

—La falta no fué vuestra, y la madre de Aldi os hace justicia: no era á quien ella acusaba en su dolor, sino á su hijo, que una loca temeridad había arrojado delante de la espada del baron de Rocca.

—¡Ah! ¡cuántas veces yo mismo le he condenado por haber espuesto voluntariamente á los azares de un duelo una vida llena de porvenir! ¡Yo no sabía entonces cuánta cólera pueden inspirar los celos! yo no sabía lo que hay de doloroso al encontrar siempre cerca del rostro amado, otro rostro cuya tranquilidad insulta vuestras angustias, al oír por todas partes donde resuena la voz conocida otra voz que le responde con familiaridad!.... Ahora comprendo que Aldi haya preferido una muerte casi cierta á esas torturas; porque yo, hombre de pensamiento y de delirios, que jamás toqué una espada, siento desde algunos días deseos de batirme; veinte veces he tenido la palabra desafío en mis labios, y habría querido hallarme una espada en la mano, comprando por el peligro de mi vida el derecho de amar solo.

La voz de Alfieri se había alterado: su rostro pálido resplandecía, y pronunciando estas últimas palabras, su mano se había estendido como si empuñase una espada; la marquesa hizo un movimiento involuntario para detenerle.

—¡Oh! no temais nada, replicó dejando asomar á sus labios una amarga sonrisa: he encerrado mi cólera en el fondo de mi corazón; ¿con qué derecho podría yo llamarme rival de nadie? Los celos no son permitidos mas que á aquellos que pueden esperar amor.... Y entre tanto, añadió despues de un corto silencio ¿qué iba á arriesgar en los azares de un duelo? ¿No tengo ya empeñado uno con mi enfermedad, del cual ya se me ha predicho el resultado?

La jóven, que había tenido los ojos bajos, los levantó vivamente, fijó su mirada en Alfieri, y unió sus manos con tierna dulzura y ademan suplicante.

—¿Aun dais cabida á esos tristes pensamientos? ¿por qué no querer esperar?

—Yo sufro, respondió Alfieri con aire sombrío.

La marquesa se acercó insensiblemente á él, y al ver las facciones del poeta alteradas por una indecible inquietud, le dijo con voz temblorosa y contenida:

—¡Dios mio, qué teneis?

—¿Vos me lo preguntais? ¡ah! ¿no sabeis cuál es mi mal y lo que se necesita para curarle?... Pues no pide más que un poco de afecto, que me dé el deseo y la alegría de vivir.... Hace un instante he creído haberlo encontrado, y he sentido que la sangre quemaba mis venas, que respiraba con comodidad, y que volvía á ser jóven y fuerte, porque me sentía feliz. Todo esto ha durado muy poco, pues he visto con dolor al poco tiempo que mi esperanza era insensata.

—¿Qué sabeis vos?

Estas palabras habian sido murmuradas mejor que pronunciadas; no obstante, el conde las oyó, y cogiendo la mano de la jóven,

—¡Blanca! esclamó; ¿he comprendido bien? por favor, ¡acabad, acabad!

La marquesa iba á responder, pero de repente dejó escapar un ligero grito de terror, y se desprendió vivamente de sus manos.

El conde levantó los ojos: Marliano estaba de pié á la entrada del bosquecillo.

El genovés saludó friamente. Al verle la marquesa se habia dejado caer antes que se hubiese podido sentar en el banco que habia debajo del emparrado: él se acercó hasta ella sin parecer notar su emocion, y se informó de su salud con una cortesía impasible.

En cuanto á Alfieri, la llegada de este hombre en el momento en que iba á oír una declaracion tanto tiempo deseada, le habia arrancado un grito de cólera; pero toda su atencion la habia fijado al momento en Blanca, cuyas miradas despavoridas parecían suplicar á Marliano.

La intimidad de la conversacion, en medio de la cual acababa este de sorprenderla, no podia, en efecto, justificar tal emocion. Porque ¿qué importaba que el extranjero hubiese visto entrelazadas sus manos, y que hasta hubiese adivinado el objeto de su entrevista? El amor de Alfieri no tenia nada que pudiese rebajar á Blanca: y además, los dos, ¿no eran dueños de sus destinos? ¿Por qué la marquesa temblaba delante de este hombre, pareciendo que habia entre los dos algun misterio? Alfieri sintió renacer todas sus dudas: un instinto invencible le designaba un rival en Marliano, y resolvió aclarar sus sospechas.

Blanca estaba contrariada y violenta, y de vez en cuando dirigia sus ojos inquietos al genovés: Alfieri la hizo observar que era la hora en que los bañistas iban á pasear á la fuente, y le propuso acompañarla.

—Os doy las gracias, caballero, dijo la marquesa con embarazo; me quedo, pero que mi determinacion no cambie en nada vuestros proyectos.

—Mis proyectos son los vuestros, dijo el conde; vos sabeis que las únicas horas dulces de mi vida son aquellas que paso á vuestro lado.

—Señor conde, veo que sois tan fuerte en el madrigal como en la tragedia, respondió la marquesa haciendo un esfuerzo.

Alfieri movió gravemente la cabeza.

—No os burleis de la expresion de un sentimiento que vos sabeis que es sincero, dijo; vos no habeis podido dejar de notar el cambio que vuestra presencia ha operado en mí: antes de conoceros era desgraciado; estaba abatido y fatigado de oír alrededor de mí ese vano ruido que se llama gloria... os he visto, y tristeza, fatiga, todo ha desaparecido. Vos habeis lucido en el horizonte de mi vida como el sol, y me habeis reanimado.

—¡Caballero! exclamó la marquesa levantándose con temor. Y volvió hácia Marliano sus ojos despavoridos, pero Marliano estaba impasible.

(Se continuará.)

CAEN.

Caen es una magnífica ciudad de la baja Normandía y patria de Malherbe, Segrais, Huet, Lefébre y otros muchos ilustres franceses. Tiene su Academia universitaria, cuya creacion data del tiempo de Enrique VI de Inglaterra; posee Facultad de derecho, de letras y de ciencias, Liceo, Academia imperial, Escuela de navegación, etc. Su comercio principal consiste en encajes, cuchillería, telas de algodón, mantones, guantes, y tienen también gran aceptación la sal procedente de sus fábricas, el yeso, la madera, etc.

Esta bonita ciudad cuenta próximamente cincuenta mil habitantes, y su formidable castillo ha sostenido contra los ingleses numerosos sitios. Sus iglesias son magníficas, y no son de menos mérito los monumen-

tos de la Corte imperial, del Tribunal de primera instancia, sus museos, su biblioteca, y su casa de Ayuntamiento (*Hotel de Ville*.)

PALACIO DEL TRIBUNAL DE COMERCIO DE PARIS.

El desarrollo creciente del comercio en Paris y la multiplicidad de los negocios hacian indispensable un nuevo local destinado á tribunal, porque el antiguo, establecido en una casa detras de la iglesia de Saint-Merry, no reunia las condiciones apetecidas.

En el día, y siguiendo el boulevard de Sebastopol (orilla izquierda), se dibuja en lontananza una cúpula octógona, con rosetones de extraordinario gusto. Es el nuevo Palacio del Tribunal, construido bajo la direccion del arquitecto Bailly, é inaugurado el día 15 de agosto, que es el de la fiesta del emperador.

Conduce al vestibulo una magnífica escalera. Se trataba que el edificio fuese el punto extremo de una perspectiva, y era por consecuencia imposible colocarla en el centro del palacio, que forma un estenso paralelogramo, pero el arquitecto ideó otra cosa mejor y la llevó á cabo con feliz resultado: dividió el edificio en dos partes. La anterior es la única que tiene un carácter exclusivamente monumental: la parte posterior ha sido dedicada á almacenes y tiendas.

La fachada más elegante del palacio es la que mira al Norte, sobre el muelle Desaix, y se compone de un pabellon y dos galerías: el piso bajo se halla adornado de tres arcadas, cuyos pies derechos los forman columnas aisladas de orden corintio.

Cuatro estatuas alegóricas, colocadas sobre otras cuatro columnas, adornan las repisas del primer piso, y estas son: la *Ley*, por Mr. Robert; la *Firmeza*, por Mr. Eudes; la *Prudencia*, por Mr. Salmson y la *Justicia*, por Mr. H. Chevalier. Sobre este piso se distingue aun otro de carácter antiguo, que domina un fronton con varios trágaluces, adornados con muy buen gusto.

A la estremidad opuesta del monumento, por el lado del Este, se abre, para el uso especial de los *prud'hommes*, una puerta coronada de un fronton, sobre el cual se halla escultado el blason de la villa de Paris.

Penetrando en el interior del edificio, y dirigiéndose por el lado del muelle, se encuentra un vestíbulo adornado de pilastras y columnas divididas en tres naves, y que terminan en tres arcadas iguales á las de la fachada.

Entrando por el lado que mira al boulevard de Sebastopol se encuentra un magnífico pórtico, á la estremidad del cual se halla la escalera principal, cuya balaustrada de piedra es una verdadera obra de arte. Es tal vez la más hermosa de Paris, si se exceptúa la del Conservatorio de artes y oficios.

La sala de los *prud'hommes* se halla colocada en el piso bajo.

En el primer piso, despues de haber atravesado el vestibulo y la *Sala de los pasos perdidos*, se encuentran las salas de quiebras y el magnífico salon de audiencia. Este salon, artesonado de madera de roble se halla decorado por Mr. Robert Fleury con cuatro cuadros cuyos asuntos son: la creacion del Tribunal de comercio en 1563 por un edicto de Carlos IX, del mes de noviembre del año anterior; su reorganizacion en el de 1673; su reconstitucion en 1807, y en fin la época actual.

La escribanía y los archivos ocupan el segundo piso. Las construcciones vienen á unirse en un patio central, especie de claustro que tiene un peristilo en el piso bajo, y tanto este como las galerías superiores se hallan destinadas á varios servicios.

En resumen, sería difícil encontrar un monumento mejor distribuido, ni mejor apropiado á su objeto.

LA EMPERATRIZ REGENTE EN MEDIO DEL CONSEJO PRIVADO.

Durante el viaje del emperador del vecino imperio á la Argelia, nuestra bella compatriota la emperatriz Eugenia quedó, como todo el mundo sabe, encargada de la regencia del reino; y el grabado que hoy ofrecemos á nuestros lectores representa á S. M. rodeada de sus más fieles consejeros, y en el momento de celebrar Consejo.

En primer término aparecen los miembros del Consejo privado, que fué creado por decreto de 1.º de febrero de 1858, y que debia constituir el Consejo de regencia, unidos á él dos principes franceses, los más

próximos en el orden hereditario, en el caso de que el emperador no tuviese designados otros por un acto público. Los primeros dignatarios llamados á ocupar asiento en esta importante reunion, eran: el cardenal Morlot, el mariscal duque de Malakoff, los Sres. Adille, Fould, Troplong, Morny, Baroche y Persigny. El mariscal Vaillaut y el conde Colouna Walewski, han ocupado despues las vacantes que hizo la muerte.

Los ministros agrupados alrededor de S. M. la emperatriz son: MM. Rouher, senador, ministro de Estado; Baroche, senador, guarda-sellos, ministro de Justicia y de Cultos; Drouyn de Lhuys, senador, ministro de Negocios Extranjeros; el marqués de Lavallette, ministro del Interior; Achille Fould, senador y ministro de Hacienda; el mariscal conde Randon, senador y ministro de la Guerra; el conde Prosper de Chasseloup-Laubat, senador y ministro de Marina y de las Colonias; Duruy, ministro de Instrucción Pública; Armand Béhic, ministro de Agricultura y Comercio; el mariscal Vaillaut, senador, miembro del Instituto y ministro de la casa del emperador y de bellas artes.

La reunion que reproduce nuestra lámina se ha verificado, como todas las que han tenido lugar durante la ausencia del emperador, en las Tullerías y en la Sala del Consejo, que se halla situada entre la del trono y la galería de Diana. La referida sala está decorada con esquisito gusto al estilo de Luis XIV.

LA MADRE CIEGA.

—¿Qué ruido es ese, Lucía?

¿Quién ha movido la puerta?

—Es... el aire, madre mia,

Que está la ventana abierta.

—Ciérrala, que ya ha tocado

La campana á la oracion.

Niña, ¿no oiste? ¡Han sonado

Pasos en la habitacion!

—Es... que se ha puesto á enredar,

Madre, el travieso perrillo,

Y se divierte en saltar

Jugando con un ovillo...

—Hija, acércate hácia mí;

Tal vez el recelo influya,

Mas me parece que oí

Una voz que no es la tuya.

Ven, acércate, Lucía;

¡Niña! ¡niña! ¡Ay, Dios! ¿Qué es eso?

—Madre... aquí estoy...

—(¡Juraría

Que habia sentido un beso!)

REMIGIO CAULA.

CORRESPONDENCIA DE «EL PERIÓDICO ILUSTRADO.»

D. G. M. de C., de *La Rambla*: Renovada su suscripcion.—D. J. U., de *Zaragoza*: Recibidos los sellos.—D. E. L., de *Calatayud*: Recibidos los 28 rs., y abonados hasta julio de 1866.—*Excmo. señora doña C. N. S., de Atmendralejo*: Queda Vd. abonada hasta 15 de marzo de 1866.—D. A. N. de C., de *Albacete*: Recibidos sellos.—D. P. E., de *Eybar*: Id., y renovada su suscripcion.—D. A. R., de *Béjar*: Id. id. id.—D. F. S., de *Zaragoza*: Id. id. id.—D. E. C. S., de *Berja*: Id. id. id.—D. A. N., de *Barcelona*: Id. id. id.—D. B. de P., de *Olivencia*: Recibida su libranza, y suscrito por un año desde el primer número.—D. R. P. M., de *Santiago*: Queda suscrito por un año; mande el importe cuando guste en sellos ó libranza.—D. F. M., de *Sevilla*: Recibidos los sellos; queda suscrito y servido.—D. J. R. P., de *Orense*: Hecha la suscripcion para D. M. G.—D. G. B. A., de *Vigo*: Renovada su suscripcion y la de F. C.; puede mandar el importe en sellos ó libranza.—D. P. P. A., de *Pina de Ebro*: Recibida su libranza y renovada su suscripcion.—D. R. G. P., de *la Coruña*: Recibidos los 52 rs. y servidas las dos suscripciones.—D. B. G., de *San Pedro de Dante*: Recibidos los sellos y renovada la suscripcion. La portada no se dará hasta fin de año.—D. R. V., de *Tortosa*: Recibidos los sellos y servidas las dos suscripciones.—D. J. M. D., de *Villaviciosa (Córdoba)*: Recibido el importe de la suscripcion en sellos.—D. J. R. B., de *Medina Sidonia*: Recibida la libranza, y queda suscrito y servido por un año.—D. B. O., de *Barcelona*: Gracias por su atenta; pero debe Vd. dirigirse á nuestros corresponsales en esa.—D. C. D., de *Sevilla*: Conformes, y recibidos los 500 rs.

Propietario y editor responsable PEDRO AUGUSTO LAMARTINIERE.

MADRID. 1865.—Imprenta de R. LABAÑOS, Cabeza, 12, principal.



UNA PROCESION SALIENDO DE LA IGLESIA DE SANTA MARIA, DE MADRID.